

A vibrant, comic-style illustration for a Star Wars comic book. The background is a dark, starry space. In the upper left, a green alien with red eyes and a yellow jacket stands with arms crossed. In the center, a large, blue, tentacle-like alien with yellow eyes and a mask looks forward. To the right, a silver droid with a gun stands. The foreground shows two characters in a dimly lit, industrial interior. On the left, a young man in a blue jacket and goggles runs while holding a brown helmet. On the right, a woman in a blue uniform and visor runs while holding a small device. The scene is filled with mechanical details, pipes, and crates.

# STAR WARS

AVENTURAS EN EL  
**ESPACIO SALVAJE**

E L R O B O

Planeta Junior

# STAR WARS™

AVENTURAS EN EL  
ESPACIO SALVAJE

E L R O B O

Escrito por Cavan Scott

Planeta Junior

© & TM 2017 LUCASFILM LTD.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.

Derechos exclusivos para la edición en castellano reservados para España: Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2017

ISBN: 978-84-08-17343-4

Depósito legal: B 7.613-2017

Impreso en España

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

# CAPÍTULO 1

---

## NEGOCIOS TURBIOS

**E**l Capitán Korda frunció el ceño ante el ventanal que se abría frente a él. Un gran torbellino de un gas carmesí le devolvía la mirada.

Por la derecha de Korda, se aproximaba nervioso un oficial del Imperio, blandiendo una tableta.

—Capitán, tenemos nuevos descubrimientos para usted.

Era un espécimen patético, con un rostro carnosos y lleno de cicatrices y un vientre que ejercía una considerable presión en el uniforme gris.

—¿Y usted es...?

El joven oficial tragó saliva.

—Subteniente Jams, señor.

Korda le arrebató la tableta de sus manos temblorosas.

—Su uniforme es una deshonra, Jams. Parece como si esas botas no se hubieran limpiado en meses, el cuello está sucio y su insignia torcida.

Jams se miraba nervioso la insignia de rango de su pecho; dos cuadrados rojos sobre dos azules. Su mano rechoncha estuvo a punto de ajustar su placa, pero la retiró, pensándoselo mejor.

—Lo siento, señor. Lo haré mejor.

—Eso espero —gruñó Korda, impactando la tableta contra el pecho de Jams—. Vuelva a mi puente con ese aspecto y deseará no haber entrado nunca en la Academia Imperial.

—Sí, señor —dijo Jams tartamudeando, a punto de dejar caer la tableta antes de agarrarla—. Gracias, señor.

Korda suspiró. ¿Cómo había llegado hasta

allí? No demasiado tiempo atrás, él había sido una estrella emergente del Ejército Imperial, y había recibido medallas de honor del gobernador Tarkin y misiones de Lord Vader en persona. Ahora, estaba catalogando masas gigantes de gas en los límites del Espacio Salvaje a bordo de un carguero estelar casi obsoleto. El aburrimiento era devastador, y los días se llenaban de exploraciones inútiles e informes tediosos. Incluso intimidar a su patética tripulación había perdido su encanto.

Se frotó la piel arrugada que tenía alrededor de la mandíbula metálica. La cicatriz le escocía terriblemente, otro recuerdo de su fracaso. Toda aquella vergüenza podía reducirse a dos niños: Lina y Milo Graf. Le había parecido una misión tan sencilla: arrestar a los cartógrafos Auric y Rhyssa Graf y confiscar su extenso archivo de mapas planetarios. ¿Cómo iba a saber que la mujer los engaña-

ría escondiendo los datos en un androide, o que los dos mocosos de los Graf escaparían tan hábilmente? Korda todavía podía oír las palabras de Lord Vader cuando le dio su informe.

—¿Has dejado que los niños se escapen?

Korda tuvo suerte de salir de la sesión informativa con vida.

Esto no podía seguir así. No pasaría el resto de su carrera en esa chatarra.

Comenzó a caminar a través del puente y se encontró a un comandante de tez oscura y expresión preocupada bloqueándole el camino.

—Señor, hemos programado otras siete horas de vuelo alrededor de Klytus V...

Korda rodeó al joven insensato y se dirigió hacia las puertas.

—Entonces no me necesitarán, comandante. Esperaré un informe completo al final de su turno. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor —contestó el comandante mientras observaba a Korda alejándose del puente.

\* \* \*

Korda entró en su habitación privada y cerró la puerta tras de sí. Se quitó la gorra y la lanzó sobre la cama por la estrecha cabina. Tras sentarse frente a un minúsculo holoprojector, tecleó su código de acceso privado en el ordenador y abrió el canal de comunicaciones secreto que había estado usando durante las últimas semanas.

Si quería recuperar su honor, necesitaba estar informado, y rápido.

El holoprojector emitió un pitido cuando logró establecer una conexión y envió la señal de Korda al margen de las comunicaciones oficiales del Imperio.

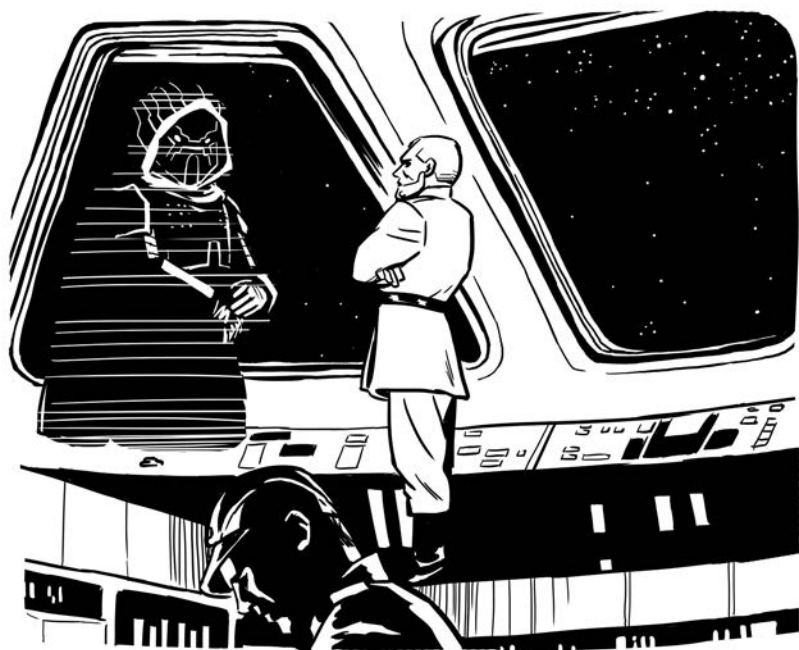
Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, una imagen translúcida apa-



reció en el aire. El capitán se encontró mirando los ojos brillantes de una figura enmascarada, que le devolvía la mirada bajo una pesada capucha.

—*Capitán, no es un buen momento...*

—Ya te he dicho que no menciones mi rango en un canal abierto —respondió Korda de



forma brusca—. Yo decidiré si es conveniente o no.

El holograma inclinó su cabeza.

—*Por supuesto, señor.*

Mejor. Ya era hora de que mostrara algo de respeto.

—¿Qué has descubierto?

—*Estoy siguiendo una pista.*

Era como intentar arrancarle los dientes a un bantha.

—¿Dónde?

—*Eso no le concierne.*

—¿Que no me concierne? ¡Yo soy el que te paga!

—*Y la razón por la que mis honorarios son tan altos es porque usted insistió en que hubiera absoluta discreción. Después de todo, ¿un respetado oficial del Imperio contratando a un cazarrecompensas? ¿Qué pensarían sus superiores?*

Korda puso todo su empeño en mantener

los nervios bajo control. El cazarrecompensas se burlaba de él, pero lamentablemente también tenía razón. Contratando a Shade, uno de los mercenarios más infames del Borde Exterior, Korda estaba rompiendo todas las reglas. Pero el precio valía la pena. Si Shade conseguía encontrar los mapas de los Graf, Korda podría usar los datos para hacer varios descubrimientos sorprendentes en el Espacio Salvaje. El alto mando lo recibiría de vuelta con los brazos abiertos si lograba desenterrar una nueva fuente de energía o una mina de metales preciosos.

Y si se deshacía de los chicos Graf en el proceso, bueno..., sería un extra.

—Muy bien, esperaré un informe...

—*Entendido* —contestó Shade, finalizando la comunicación.

El holograma se desvaneció, dejando que Korda se enfureciera en silencio.

Cuando volviera a estar en el rango que le

correspondía, se lo pasaría en grande ejecutando al cazarrecompensas en nombre del Emperador.

\* \* \*

A miles de años luz de distancia, Shade cerró el holorreceptor de muñeca.

El cazarrecompensas salió de un porche destartado, y miró arriba y abajo por el estrecho callejón. Estaba vacío, aunque se podían oír los sonidos de una calle vecina. Se encontraba en Skree, una centenaria estación espacial escondida en mitad de una nebulosa de polvo. Lejos de los ojos indiscretos del Imperio, atraía a la peor escoria de toda la galaxia. Shade se sentía como en casa.

El asesino encapuchado bajó por el callejón. Ya era casi la hora de la cita. Al llegar a una esquina, Shade se asomó y vio a Meggin, un macho alto de piel roja. El alienígena había

caído en su cebo: la promesa de un regalo para su jefe, amante de los tesoros. Perfecto.

Mirando nervioso hacia los lados, Meggin entró en la vieja taberna, como estaba planeado. Ésa era la señal de Shade. El cazarrecompensas cruzó la concurrida calle, siguiendo al alienígena hasta el interior del edificio medio derruido. Meggin estaba dentro, mirando



confundido a su alrededor. El bar estaba vacío, justo como Shade tenía previsto.

Meggin se volvió, y sus pequeños y hundidos ojos se abrieron como platos al ver la pequeña esfera negra en la mano enguantada de Shade. Con un chasquido de la muñeca del cazarrecompensas, la esfera salió disparada por el aire hacia Meggin y le golpeó en el pecho, fijándolo en la pared como a una mariposa sriluuriana en un tablón.

—Esfuézrate tanto como quieras —le dijo Shade, caminando hacia delante—. Estás atrapado en un campo de fuerza. Ni siquiera un gundark podría liberarse.

—¿Qué quieres? —dijo Meggin tartamudeando.

—Información —respondió. Un holograma de dos niños apareció en el aire—. Milo y Lina Graf. ¿Dónde están?

Meggin negó con la cabeza.

—¡No sé quiénes son!

—Eso es mentira —dijo Shade tranquilamente—. ¿Lo volvemos a intentar?

El mercenario pulsó un botón en el dispositivo de su muñeca. Meggin gritó de dolor mientras el orbe de metal se incrustaba cada vez con más fuerza en su pecho.

—Acabo de incrementar la presión gravitacional de la esfera. Continuará aplastándote hasta que digas la verdad.

Sin embargo, el extraterrestre de piel roja se negaba a responder. Shade pulsó el botón de nuevo y Meggin jadeó incómodo. Era sólo cuestión de tiempo.

\* \* \*

Shade salió de la taberna poco antes de que pasaran quince minutos. El cazarrecompensas tenía las respuestas y ya estaba planeando una ruta hacia el Borde Exterior.

Los hijos de los Graf se dirigían a Lothal, y Shade los estaría esperando.